

LA MÁSCARA HEROICA DE RUFINO BLANCO FOMBONA:
UNA APORTACIÓN A LA NOVELA DE DICTADURA

ERNESTO J. GIL LÓPEZ
Universidad de La Laguna

Es evidente que las singulares circunstancias políticas y socioeconómicas que han vivido —y viven aún, en algunos casos— la mayoría de los países de Hispanoamérica, han contribuido decisivamente a que la novela de dictadura se haya convertido en uno de los géneros predilectos de los creadores del Nuevo Mundo. De ahí que nombrar todas y cada una de las obras que sobre este tema se han escrito, abarcaría mucho más del tiempo del que disponemos ahora, por lo que me limitaré a recordarles algunos de sus exponentes más famosos, tales como *El señor Presidente*, de M.A. Asturias, *Tirano Banderas*, de Valle Inclán, *Yo el supremo*, de Roa Bastos, o *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, entre otras muchas.

Un elemento común en todas ellas es, lógicamente, la figura del dictador, que puede aparecer como mera referencia histórica determinante de toda una conducta social, como apreciamos en *El Matadero*, cuento de Esteban de Echeverría, que refleja la etapa de Rosas en la Argentina, o en *Conversación en la catedral*, de Vargas Llosa, donde se ofrece una visión no menos interesante del Perú de Odría. Sin embargo, lo más frecuente es que el gobernante sea el centro de interés de la obra, que así resulta ser una auténtica «novela de personaje», en cuanto que todo en ella da vueltas alrededor de ese eje central que es su protagonista. Ahora bien, a la hora de proponer los retratos de estos gobernantes, se observa una amplia gama de posibilidades, que oscila desde el político culto y civilizado, como el que presentaba Carpentier en su *Recurso del método*, hasta llegar al viejo palurdo analfabeto, de *El otoño del patriarca*. De todos modos, suelen darse entre ellos una serie de coincidencias, tales como la referencia histórica más o menos profunda, la crudeza con que se habla de sus represiones, y una contemplación paródica de los mismos, en no pocos casos.

Dentro de esta línea de relatos de la que estamos hablando, cabe situar *La máscara heroica*, de Rufino Blasco Fombona, novela que, por una serie de aspectos que comentaré más adelante, denuncia a un dictador claramente concreto: Juan Vicente Gómez (1857-1935).

Protagonista de una vida tan agitada y compleja que podría suscitar la envidia de más de uno de los héroes de algunas novelas de aventuras, Blanco Fombona compartió en su existencia momentos tristes y felices, amores y odios, cargos diplomáticos y persecuciones. Pero quizás una de las notas más notables de su personalidad sea su constante oposición a la dictadura que ejercieron en Venezuela, tanto Cipriano Castro como Juan Vicente Gómez, después. Expulsado de su país, vivió en España como Juan Vicente Gómez, después. Expulsado de su país, vivió en España como exiliado político, colaborando activamente con la República, que, en virtud de su doble nacionalidad, llegó a nombrarlo gobernador civil de Almería, Navarra, y de las Islas Canarias. Y, aparte de esto, no debe pasarse por alto su inestimable labor como autor de estudios y ensayos, así como su decidida contribución a la cultura por medio de las colecciones literarias que salieron bajo su atenta dirección.

Dentro, precisamente, de este campo de la creación literaria concibió Blanco Fombona uno de los instrumentos más eficaces para combatir la tiranía y despertar la conciencia internacional acerca de las tropelías que estaban cometiéndose en su país natal. Ese instrumento fue *La máscara heroica*, una novela que debió producir un gran impacto, tanto entre los lectores, como en el mismo Juan Vicente Gómez, que no tardó en ordenar a sus representantes diplomáticos que presionaran a las autoridades españolas para que expulsasen de nuestro país al autor del libro.

Editada inicialmente como «novela folletinesca», consiste, más bien, tal como advertía el propio Blanco Fombona, en un conjunto de escenas de una barbarocracia, que revelan el rostro de una sociedad en descomposición. Por otra parte, el segundo título que el novelista estuvo barajando hasta el final —es decir, *El tirano Pérez*—, confirma, no sólo que se trata de una «novela de personaje», sino que apunta a un mandatario cuyo apellido es sumamente común, como era el caso de Gómez.

Construida sobre un argumento tan concreto como la denuncia y represión de una intentona de alzamiento militar, hay indicios que inclinan a pensar que la inspiración de esta anécdota literaria fueron los hechos acaecidos en Venezuela, en 1918, cuando tras unas revueltas estudiantiles, un grupo de oficiales ligados a la Escuela Militar, intentó sublevarse. Puesto el hecho en conocimiento del dictador por un tal capitán Piñero, la operación fue rápidamente abortada, en enero de 1919. Sin embargo, es evidente que la novela va mucho más allá, en cuanto que, como se ha dicho, presenta una auténtica panorámica de una dictadura determinada, sin que falten en ella aspectos tan esclarecedores como pueden ser la biografía del tirano, una amplia referencia a su sistema represivo y de

delación, e incluso un vaticinio, más deseado que real, de la muerte del gobernante.

Y decimos que refleja una dictadura muy concreta, porque Blanco Fombona parece haberse tomado especial interés en dejar muy claro que quien se oculta —aunque muy poco, la verdad— tras esa «máscara heroica» no es otro que Juan Vicente Gómez. Y no hace falta ser ningún lince para darse cuenta que el *Juan Siniestro* de su libro es una clara referencia al otro Juan Vicente, que lo obligaba a permanecer en el exilio, y que, a través de sus diplomáticos, le hacía llegar pruebas fehacientes de su enemistad.

El sistema que utiliza Blanco Fombona para retratar a su personaje es el de la deformación mínima de los datos esenciales de la biografía del presidente venezolano. Así, el protagonista de la novela, aparte de sus orígenes campesinos y de su afición por el ganado y a las peleas de gallos, comparte con el mandatario verdadero su estancia en una finca, —*La Cabrera* en el libro y *La Mulera* en el caso de Gómez— así como su tardía participación en la vida política, al amparo de un guerrillero que llegó a ser presidente de la nación, y al que, pese a haberlo convertido en su lugarteniente y hombre de confianza, derrocaría más tarde, aprovechando su estancia en Europa, por motivos de salud, tal como le ocurrió, efectivamente, a Cipriano Castro, en 1908.

Las asociaciones son tan evidentes, que no es de extrañar que Gómez se incomodara hasta el extremo de promover un juicio contra Blanco Fombona; sobre todo, si se tiene en cuenta la imagen que de él se ofrecía en *La máscara heroica*:

Era el monstruo un corpachón moreno, burdo, pesado, caderudo, ventripotente, envuelto, a pesar del calor, en largo capote de paño azul marino; una fisonomía bestial, con frente de dos dedos de ancho, bocota grande, nariz gorda, oscuros ojillos de cerdo y unos cabellos lisos, negros, peinados hacia atrás. (p. 6)

Pero, no contento con caricaturizarlo de este modo, le dedicaba, además, una guirnalda de calificativos, que lo hacen aparecer como un auténtico *monstruo*, que es por cierto el apelativo que utiliza con más frecuencia para referirse al gobernante: tirano (p. 4), *barbarócrata* (p. 4), *sátrapa* (p. 11), *paranoico* (p. 9), *patán iletrado* (p. 8), *cruento mandarín anacrónico* (p. 5), *ogro* (p. 5), Tiberio montaraz (p. 7), *bestia triunfante* (p. 8), *ídolo* (p. 21), *serpentón de las rocas andinas* (p. 21), etc.

Ahora bien, es obvio que, para ejercer el mando en estas circunstancias, hace falta un sistema en el que apoyarse, de ahí que el novelista tampoco escatime las referencias al submundo de terror y delación sobre los que se sustentaba el poder del tirano. Hace constar, por un lado, la eficacia de una red de espionaje que sobrepasaba los límites del propio país, como puede deducirse de esta cita:

...cada jefe militar tenía como segundo un subalterno que lo espiaba, y este segundo, a su turno, era espiado por un tercero. Los más intrigantes polizontes eran sus favoritos. Se formaban con aquel cruce de delaciones constantes madejas de chismes indevanables. Los consules y los ministros diplomáticos del dictador fueron convertidos en espías. (p. 9)

Confirmando la triste veracidad de esta cita literaria, se recordará que Gómez instituyó una policía política, *La Sagrada*, formada por tachirenses, que se encargaba de la investigación, vigilancia y represión de los enemigos del régimen, y cuyas delaciones eran generosamente premiadas por la máxima autoridad.

Por otra parte, y como complemento eficaz de lo anterior, existía un engranaje represivo que, tal como se expone en la novela, parece un auténtico catálogo de las perversiones que puede concebir la mente más degenerada para la destrucción de la especie, ya que, aparte de la incomunicación total, incluye otras variantes no menos espeluznantes, como los calabozos submarinos, los «plomos venecianos», jaulas de piedra, menores que el cuerpo humano, la flagelación, el envenenamiento, la inculación de virus como la sífilis, la tuberculosis, o el tífus, colgar a los presos por sus partes pudendas, o, finalmente, arrojarlos a los tiburones del Caribe (pp. 7-8).

Resultado de unas y otras medidas es un asfixiante contexto de terror del que no escapa ni el mismo tirano, como se desprende de este juego de palabras:

El monstruo tiene miedo de todo el mundo
y todo el mundo tiene miedo del monstruo. (p. 21)

donde, esa imagen de «la serpiente que se muerde la cola» da fe, una vez más, de una realidad que no es otra que el pánico que sentía Gómez de que pudieran acabar con su vida. De ahí que, durante la etapa que bautizó como la de la *Conjura*, cambiara cada noche de casa y viajase permanentemente, sin detenerse mucho tiempo en un mismo lugar; y que, desde 1914, y hasta su muerte se recluyera en Maracay, en el valle de Aragua, único enclave en el que se sentía a salvo de las acechanzas de sus enemigos. Y no estará de más recordar que también de esta situación daba buena cuenta la novela, al presentar al tirano prácticamente recluido en una fortaleza militar, a la que, para que no haya dudas de la intención, se bautiza como Mar-Cay.

Terminando ya, no porque se hayan agotado las posibilidades de análisis de la novela, sino porque las limitaciones de tiempo así lo imponen, concluiremos que, de lo visto, se desprende que, *La máscara heroica* constituye, sin duda, una auténtica «novela de dictadura», dado el tipo de gobernante retratado en su figura central. Un personaje que además reúne en su trazado una serie de notas, tan próximas a la realidad histórica, que a nadie se le escapa que ese general li-

terario es, a la vez, un remedo y una denuncia abierta de aquel otro gobernante que durante cerca de tres décadas rigió los destinos de Venezuela, y que se llamaba Juan Vicente Gómez.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO-FOMBONA, Rufino, *La máscara heroica*, Madrid, Mundo Latino, 1923, pp. 286 (1ª edición). Aquí seguimos la edición de «La Revista Literaria», nº 342, Madrid, 21 julio 1935, pp. 23. Con nota introductoria.
- MEDRANO, José Miguel, *Juan Vicente Gómez*, Historia 16, Ediciones Quorum, Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario, Madrid, 1987, pp. 157.
- SÁNCHEZ, Luis Amador, *Cuatro estudios (Hostos - Martí - Rodó - Blanco-Fombona)*, Sao Paulo, Brasil, Boletim nº 140 (Lingua e Literatura espnahola e hispanoamericana), 1958, nº 1, pp. 89-110.
- SANOJA HERNÁNDEZ, Jesús, «Blanco Fombona y el país sin memoria» (Prólogo a *Ensayos históricos*, de Rufino Blanco Fombona), Caracas, Biblioteca Ayacucho, nº 36, 1981, pp. IX-XLI.